

# PROSCENIO

Estreno en el Reina Victoria, de

## LA VIDA PRIVADA DE MAMA

La nueva comedia de Víctor Ruiz Iriarte se desarrolla sobre una situación sostenida a través de un acto y medio de los dos de que consta. Al final se desenlaza, sospechamos que por imperativo de los horarios tradicionales, ya que de otra forma la destreza del autor no le hubiese impedido prolongarla más y más. Sospechamos que con lo dicho hemos dado cuenta de los dos pilares fundamentales que sostienen "La vida privada de mamá", que son los que le han dado vida escénica desde la mente de Ruiz Iriarte. Una situación única rodeada de habilidad por todas partes debe ser aplaudida en lo que representa de número de fuerza o de malabarismo, sin pensar demasiado en si la fuerza no puede impedir que la comedia se cimbreo peligrosamente en varios momentos o que el malabarismo no sea poderoso para evitar que se caigan algunos platos sostenidos en difícil equilibrio.

La habilidad está al quite siempre. Habilidad en el planeamiento diferido tras una escena de instrucción prematrimonial de mucha gracia. Y habilidad constructiva siempre, a partir del momento en que tras la revelación de que "mamá" no es lo que parece, comparecen tres pretendientes a su mano, reservada hasta el momento de la boda de la hija tras los pliegues de su vida doble. Acto y medio con los tres pretendientes de esta nueva Marcela es mucho trecho. Y aquí ya es donde comienzan las fórmulas más operantes de la picardía teatral, que es otra manera de llamar a la habilidad de Ruiz Iriarte. La fórmula de la sorpresa, la fórmula de la reiteración por triplicado, la fórmula del falso cuarto pretendiente. Y por si fuese poco aún, la fórmula ingeniosa (ya apuntada en el primer trecho propedéutico de la obra) de la inversión de los papeles lógicos. Por ejemplo, que la hija tome el papel de la madre, que haga de madre pequeñita y efectiva de su mamá. Y aún hay más: hay la ma-

nera de que las intervenciones dejen de ser individuales, que los personajes actúen por duos, por tercetos, por cuartetos acordes o partidos en dos. Es casi un "ballet". Luego, cada uno baila —perdón, recita— su solo: el joven, el de su juventud; el maduro, el de la sencillez; el argentino, la co-razonada, siempre al borde del tango, incluso con idioma asomado al ritmo y verbo del tango. ¡Dios mío, qué Ruiz Iriarte!

No se puede hacer más. La apariencia de comedia llega a límites insospechados. Pero cuando debajo de esta apariencia, a la que un diálogo gracioso sirve de tapadera, uno se asoma, un poco más cerca, rápidamente que el público, a los entresijos de "La vida privada de mamá", es como si se asomase a lo que encierra la tapa trasera de algún artilugio mecánico. Hilos, conexiones, técnica, en suma, gracias a la que una situación mecánicamente prolongada puede parecer una comedia. Un robot de comedia en realidad, un robot damasquinado con buen diálogo, si se quiere, para que el público se entretenga en la taracea.

Hay que saludar con reverencia al "tour de force" y pensar que si esto hace el autor desde tan mínima base, si levanta —nuevo Arquimedes— una comedia aparente desde tan exiguo punto de apoyo, qué no será el día que su estupenda habilidad dé con tema más importante y su ingenio no tenga que potenciar mundos tan minúsculos, tan inexistentes. Lo mismo que se dice la barbaridad de que hay que cegar a los rufesores para que canten mejor, creo que podríamos con gusto podar a Ruiz Iriarte la mitad de sus facultades para que ellas no sustituyan a la comedia.

La compañía del Reina Victoria interpretó muy bien la obra. No es culpa de Tina Gascó que su papel fuese el de mero pivote, vestido vistosamente por Marbel, de la mecánica desarrollada en su torno. Gracia Morales se apuntó un nuevo triunfo personal. Bódalo, Rafael Alonso (su acento, a ratos puramente platense, era en otros sinceramente suramericano e incluso con dejos del Caribe). Fernando Guillén y Miguel Ángel actuaron con propiedad y evolucionaron casi en "ballet" de pretendientes. El coro de damas de honor, lo mismo. María Portillo, Isabel de Osca y Enrique Avila actuaron en comedia, porque sus papeles, episódicos, se lo permitían. Decorados, presentación y dirección, francamente encomiables. El público ovacionó mucho y Ruiz Iriarte saltó a saludar al final de los dos actos.

VALENCIA